

65

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTORES,

CARLOS GAGINI.—JOAQUIN PABLO VELEZ.—RAMON M. QUESADA.—VIDAL QUIROS.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 1^a

NUM. 15.

San José, 1 de Diciembre de 1890.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

AGUA FUERTE

LOS MUSICOS AMBULANTES

ANOCHECE cada vez más.

Las luces de la ciudad todavía no se han encendido. En el medio de la calle hay una opacidad clara que proviene de la refulgencia crepuscular del cielo; pero en los aleros de las casas, la sombra se agolpa, y la pared tiene diversos tonos, arriba sombría; al medio toques de luz; abajo oscuridad tamizada. En esa penumbra de las aceras, veis pasar, adelante, un hombre, que parece un agente de policía, merced á una cosa que lleva en la diestra, y que es una flauta; luego, un fantasma de lineamientos monstruosos, y que es el arpista, con su arpa enfundada á cuestras; atrás un tercer personaje que lleva colgando, al extremo del brazo, algo como si fuese el ataud de un niño, y que es una caja de violín. Se les mira. Los tres, al caminar vuelven la cabeza, en ademán investigador, hacia adentro, al llegar á las puertas de las casas.

Al verles úno se imagina las aguas fuertes de Alberto Durero.

F. Gavidia.

San José C. R.—1890

SUMARIO.

AGUA FUERTE, por Francisco Gavidia.—
ALFONSO KARR, por G. L.—A. E.... por
J.—CIENCIA Y CLASICISMO, por F. F. No-
riega.—A NICARAGUA, por Juan Fermín
Aycinena.—UN MES EN ANDALUCIA, por
José F. Peralta.—ANHELO, por Ernesto
Schroeder.—PAJINAS INTIMAS, por Ruben
Rivera.—EL AVILA, por N. Bolet Peraza.
Grabados.—ALFONSO KARR.

ALFONSO KARR.

LOS buenos se van! Esta ex-
clamación nos la arranca la parca
cuando elige á uno de nuestros predi-
lectos. Alfonso Karr, es uno de los
más genuinos representantes de la no-
vela en la literatura francesa. Cuan-
do en su apogeo él y Balzac plantea-
ron la novela psicológica, ni tuvieron
rivales ni nadie en lo moderno los ha
superado, ni siquiera igualado en el
género.

Nació Karr á principios del si-
glo, en 1,808; y la electricidad, para
que llegue mas presto, nos trae la do-
lorosa nueva de su muerte. El anciano es-
critor que al verdor de su espíritu unía el



ALFONSO KARR.

vigor del cuerpo quiso desde su jardín con-
templar una magnífica puesta de sol y en su

incansable afición de artista que sien-
te lo bello no se alejó del sitio hasta
que sepultado el astro-rey tras el
paisaje de marina que contempla-
ba, quedó la tierra en penumbra.
Un rápido enfriamiento por tal su-
ceso, prodújole la fluxión de pecho
que le ha conducido á la tumba. Des-
cansa en paz el ilustre escritor.

Fué en sus mocedades un nota-
ble periodista, debiéndole *Le Figaro*,
la gran reputación que alcanzó en los
paímeros tiempos del segundo Impe-
rio y que aún conserva, si bien á
trueque de algunos escándalos.

Son célebres en los anales del perio-
dismo francés las campañas sosteni-
das por Alfonso Karr. Luego de le-
vantado el periódico por el esfuerzo
de su pluma, no se sabe debido á qué
decepción periodística, abandonó la
redacción; siendo tanta su dignidad
literaria que no quiso figurar en nin-
gún periódico imperialista, no obstan-
te tentadoras ofertas.

Desde 1,861 fijó su residencia en
Niza. Allí lo sorprendió la muerte
ante la contemplación de la naturale-
za de que era tan amante. El mun-
do de las letras le llora como uno de
esos *hommes d'esprit* que se había formado
una sólida reputación. Esta le sobrevivirá.

G. L.

Ciencia y Clasicismo.

2º Artículo.

I.

Dijimos al final de nuestro primer artícu-
lo que de ningún modo nos revelamos contra
la enseñanza de la literatura, siempre que
ella no revista el carácter clásico que general-
mente se le da, y en esto parece que estamos
muy de acuerdo con el señor Gavidia, más
aun cuando dice que debe enseñarse una lite-
ratura moderna, aunque después agrega que
"Goethe, Shiller, Víctor Hugo, Castelar,
Byron, Edmundo D'micis salvarán las ideas
de la época y el estilo moderno."

En los Colegios de segunda enseñanza
debería establecerse una cátedra de literatura
en la que se empiece por estudiar los escri-
tores del siglo de oro de nuestra lengua, y des-
pués á los modernos como Quintana, Espron-
ceda, Manuel de la Revilla, Pérez Galdós,
Emilia Pardo Bazan, Núñez de Arce, Pere-
da y otros que como Becquer y Barturra
aunque produjeron poco, escalaron las altu-
ras del genio y se distinguieron, especialmen-
te el último, por la originalidad y vuelo de
sus concepciones, que dan ancho y fecundo
campo al estudio. En ellos vemos represen-
tados los diferentes gustos y aun las escue-
las modernas que se disputan el cetro en el
arte literario, con la ventaja de estudiarlas
en el idioma nativo, que nada tiene que en-
vidiar á las literaturas extranjeras que pue-
den conocerse después; creemos aquella edu-
cación literaria suficiente para todos, y base
firme y segura para los que se hayan de de-
dicar á estudios literarios más vastos, porque
si ha sido ordenada y concienzuda, la juzga-
mos ajena á la forma clásica primitiva, á lo

que se agrega que en ella no tienen ya predo-
minio las influencias del romanticismo que,
si bien ha tenido su razón de ser como forma
que ha dado libertad al arte, sacándolo de los
estrechos y poco generosos moldes del clasi-
cismo, ha presentado durante su ya espirante
pero absoluto dominio, el certamen de las
más monstruosas extravagancias que jamás
hayan tenido las letras; y que, por último
aquella educación literaria, que podemos lla-
mar ecléctica y de la cual hemos sido parti-
darios, liberalmente dirigida, dará un criterio
juicioso y desapasionado para comprender
y profesar los principios del verdadero natu-
ralismo, que seguramente será la definitiva
forma literaria; porque actualmente lidia
combates cada uno de los cuales es un triun-
fo, que le darán en no lejanos tiempos el pre-
dominio en los serenos campos del arte.

Y no es como se asegura que los planes
científicos quieren "matar las letras," es que
el mundo marcha, y todo lo que no siga la
invisible pero demoledora corriente del siglo,
ó se queda bajo los escombros del camino ó
será el ludibrio de lo nuevo, de lo verdadero y
de lo bello. Ahí tenemos nada menos las re-
ligiones que no ceden á las inflexibles leyes
del progreso, como ya no merecen ni siquiera
los ataques directos del libre pensamiento,
porque van insensible pero fatalmente al más
profundo de los abismos; el del desprecio.

Pero dejemos la cuestión literaria, para
tratar la que primeramente nos ha traído á
las columnas de este periódico; la defensa de
la ciencia, como medio y como fin en la edu-
cación de los pueblos.

II.

Las teorías pedagógicas modernas si-
guen en sus fecundas labores los dictados de
la naturaleza, y según ésta, Pestalozzi y Tre-

bel aconsejan como enseñanza preparatoria,
es decir, como una enseñanza que se ponga á
manera de puente entre la vida apacible é
nactiva del hogar y la laboriosa y agitada de
la escuela, las *lecciones de cosas* en las que del
conocimiento intuitivo de los objetos que ro-
dean al niño, se pasa á sus cualidades más
tangibles, á sus relaciones y á sus diferencias,
no como un fin en la educación, sino como
un medio para desarrollar sus facultades, to-
do lo cual obedece á un plan enteramente
científico, esto es, un plan por el cual se llega
al conocimiento de las cosas *por medios cier-
tos y seguros*. Del conocimiento empírico y
aparentemente superficial de esos objetos se
pasa insensiblemente al de su constitución
más íntima, y de ahí á las leyes que rigen la
materia, ó sea á la ciencia. Esta es sin du-
da la mejor gimnástica para el entendimien-
to, "porque sin el conocimiento pleno de las
propiedades tangibles de los objetos, nuestras
concepciones tienen que ser falsas, nuestras
deducciones erróneas y nuestras operaciones
mentales estériles." (*)

En la introducción á una obra que pron-
to verá la luz pública, decimos: "No hemos
vacilado en elegir para estas lecciones (*de co-
sas*), las nociones de física, química é histo-
ria natural que más se adaptan por su fin
práctico y por su sencillez á la clase de ense-
ñanza de que tratamos, ateniéndonos á lo que
á este respecto dice un eminente pensador
moderno: La ciencia tiene capital valor para
la disciplina del hombre, lo mismo que para
su dirección. Bajo todos los puntos de vista
es preferible aprender el sentido de las cosas,
á *conocer el sentido de las palabras*. Como
educación *intelectual, moral y religiosa*, el es-
tudio de los fenómenos que nos rodean es
inmensamente superior al estudio de las gra-
máticas y tratados lexicológicos."

(*) Spencer. *De la educación*.

El espíritu humano en el proceso de su evolución, va siempre de lo concreto á lo abstracto, y nada más adaptable para seguir las leyes que fija la naturaleza durante esa evolución, como la enseñanza de las ciencias, y por eso estamos muy de acuerdo con el señor Gavidia en que la enseñanza de la gramática como hasta hoy se ha dado en las escuelas y colegios, es á todas luces antipedagógica. Por consiguiente no es un método científico el que ha guiado hasta hoy esa enseñanza, sino la rutina antigua que, como se comprende, está siempre en pugna con la ciencia y con todos los métodos que ella emplea.

Las relaciones que la ciencia presenta al espíritu, son relaciones de causalidad, que nunca son aceptadas bajo la fe del maestro porque el discípulo puede comprobarlas por sí solo y convencerse de ella, y de ahí la independencia que dan al juicio, que es uno de los más preciosos elementos del carácter como muy bien lo dice el autor antes citado.

Ella da además de la abnegación que poseen en tan alto grado los que se dedican á su estudio, un espíritu justiciero y recto porque es menester llevar á ella con el convencimiento de la necesidad de un trabajo paciente, un humilde y serio asentimiento á todo lo que la naturaleza nos revele. La primera condición para el buen éxito consiste en la leal voluntad de aceptar la verdad, *abandonando toda idea preconcebida por mucho cariño que nos inspire* y que resulte estar en contradicción con ella. "Creedme, se verifican nobles y numerosos actos de abnegación y sacrificio, á espaldas del mundo, en el corazón de un verdadero adepto de la ciencia, cuando prosigue en el secreto de su laboratorio el curso de sus experiencias" (*)

Si la ciencia tiene frecuentes conflictos con las religiones especulativas, de ella no es la culpa, porque no las busca, pero tampoco las evade, una vez que ellos aparecen en el proceso de sus investigaciones para los cuales emplea métodos ciertos y seguros, fundados en la experiencia y con los cuales ha llegado á fijar la edad de la tierra, á contradecir el mito mosaico comprobando el verdadero génesis de la humanidad, á demostrar la inmortalidad de la materia y de las fuerzas que la rigen; y eso que "Las armonías terrestres no son sino cadencias de la música de las esferas," que en gamas de la más perfecta armonía escribieron Copérnico; Galileo, Kepler y Newtown.

Que la ciencia conduce al materialismo. Fácilmente podríamos comprobar que nada hay más eminentemente religioso que la ciencia, cuando por medio de sus investigaciones conduce el espíritu á la contemplación de la primera causa, tanto más cuanto ella nunca ha osado penetrar en los dominios de lo desconocido, pero si en sus labores sale triunfante el materialismo, qué hacer? Fuera temores. "La verdad no es desconsoladora y la ciencia devuelve más de lo que destruye y arrebatada. En lugar de tendencias egoístas pone la simpatía animando, excitando el sentimiento de la justicia y del amor del prójimo en vez de restringirlos, dándoles una base más pura y más elevada que la fe ciega. (*)

(*) Gyndall. Conferencias.

Era la tierra aún inmensa llanura de granito sin que en su superficie palpitara ningún ser viviente, cuando un día apareció el sol. Iris, la mensajera de los dioses que pasaba en este momento, apostrofó al sol:

—Por qué te afanas brillando? No hay ojos que te observen, ni estatua de Memnon que suene.

—Porque soy el sol y brillo porque soy; que me miren los que pueden, contestó. (*) (*)

Para nosotros el sol es la ciencia, que brilla y brillará porque es.

Noviembre de 1890.

F. F. NORIEGA.

A NICARAGUA

Con motivo de la apertura del
CANAL INTEROCEANICO.

—O—

ONDINA de los lagos, te saludo!
Perla gentil, espléndida y graciosa
De la diadema de mi patria hermosa,
Cesó el combate rudo
De la pasión bastarda, que en otros días,
A la lucha atroz, sin término lanzados,
Desgarrando tu seno,
Ay! á tus hijos con horror veías!
Su manto azul desenvolvió sereno,
Teñido en luz tu espléndido horizonte:
Brilló la Libertad, fúlgida estrella,
Corona de tu frente pura y bella.

Ya la justicia santa y el derecho,
Soberanos del mundo de las almas,
Bajo el dosel de tus frondosas palmas
Sus sillas de oro alzaron,
De trofeos ornadas y pendones;
No sobre sangre y lágrimas y escoria,
Donde erigen su trono los tiranos,
Sino en los esforzados corazones
Que aliento inflama de grandeza y gloria,
De tus libres y egregios ciudadanos.

En noble emulación, alta la frente
Que acaricia el saber con blando beso,
Tus hijos van en apretadas filas
La hermosa senda hollando del Progreso,
Cuaí barquillas que bogan dulcemente
En las diáfanas ondas y tranquilas
Del pintoresco lago
Que aduerme de la brisa el suave halago

De Washington así la patria excelsa,
Como el águila, emblema de su escudo,
Las alas tiende en atrevido vuelo,
Cruza el espacio y se remonta al cielo.
¿Qué es para ella el lívido y sañudo
Espectro de implacable tiranía?
Nada su empuje vigoroso espanta!
Las hórridas cadenas
Para siempre rompió... y ufana y libre
Del yugo que su frente deprimía,
Aunque tronando la centella vibre,
Sobre las tempestades se levanta
A las regiones altas y serenas
Do eterno luce y nunca muere el día,
Como se alza en las nubes magestuosa,
Del negro caos la luna esplendorosa.

¡Oh Nicaragua bella!
Del cielo de mi Patria clara estrella!
De orgullo henchido te contempla el Ande,
Culto de amor en el sagrado templo
Rendir á la alma Paz, y el noble ejemplo

(*) Büchner. *Ciencia y naturaleza.*

(*) (*) Anécdota de Shopenhauer, citada por Büchner.

Fiel imitar de la Nación más grande
Más próspera y feliz, más opulenta
Que ufano el mundo de Colón ostenta.

La ley que sólo á la razón tributo
Paga de honor cuando es hechura y fruto
Del voto popular—no falseado
Por la cábala vil, ni encadenado
Al carro asolador del despotismo,—
Cual árbitra y señora
El cetro soberano
Empuña de oro en tu fecundo suelo,
La espada en los combates vencedora,
No amaga al indefenso ciudadano
Como rayo en la diestra del tirano;
Es de la ley sumisa guardadora,
Que si honra de la patria es el guerrero
Que á costa de su sangre y de su vida
Los patrios fueros con valor defiende,
La ultraja parricida
Sayón cobarde, que por vil dinero
Al opresor de la virtud se vende.

Asilo encuentran bajo el manto augusto
De tu suprema ley los sacros fueros
Del honor, de la vida y la conciencia:
Cuánto es digno del hombre, cuánto es justo!...
Y, oh! cual tus hijos, hábiles obreros
Que en los campos del arte y de la ciencia
Triunfos sin fin alcanzan
Y cada día más y más avanzan,
La sien ornada de laurel y flores,
Marchan en son de atletas vencedores!

No como Sila y Mario el Capitolio,
El soberano solio
Do imperan el derecho y la justicia,
Asaltarán jamás irreverentes
La sórdida codicia,
La vil doblez ni la ambición hinchada,
Que de la patria el palpitante seno
Destrozan como tierra conquistada,
Traidor coral, de tornasol teñido,
En balde arroja el pus de su veneno
La lisonja arrastrándose: alto muro,
Más que de bronce impenetrable, encuentra
En el pecho del juez íntegro y puro.

Del pacífico mar cuando las olas
Con las olas del Atlante se confundan
En tus lípidos lagos,
Y las naves recorran su camino,
De las ínclitas playas españolas
Al mar que baña al industrioso Chino,
Cual soñaba Colón... y el Europeo
Tienda fácil por ti su amiga mano
Al de la Australia habitador lejano...
Allá, desde ultratumba
De gozo estremecidos los mayores,
Al son de misteriosa melodía,
Saludarán el bienhadado día
Y entorarán dulcísimos loores,
Bendiciendo en sus hijos la alta empresa
De titánico aliento—digna hazaña
De los antiguos héroes de España—
Que tanto ellos ansiaron,
Y por lograrla tanto se afanaron!

Grande entonces tu nombre, Nicaragua
Del un confin al otro de los mares,
Desde do muere el sol hasta la aurora
Lo anunciará la fama voladora,
Del errabundo nauta en los cantares.
Grande será tu nombre: las Naciones
Admirarán la espléndida hermosura
De tu frente de virgen y los dones
Con que plugo al Criador, á manos llenas,
Enriquecer el monte y la llanura
De tu suelo feraz... El gran desierto
De selvático lujo engalanado,
Por la planta del hombre aun no trillado,
Tal vez mañana se verá cubierto
De ciudades y pueblos donde el arte
La industria y el comercio se entronicen
Y al orbe con sus triunfos electricen!...
Oh, quién pudiera entonces contemplarte!

Ya tus lagos bellísimos figuro,
Que tu cielo reflejan limpio y puro,
Surcados por innúmeros vapores
Ostentando oriflamas de colores:
Escuchar creo el estridente ruido

De las soberbias máquinas nadantes
Como salvadas de honor con que saludan
La victoria del hombre, enaltecido
Por los gloriosos timbres del trabajo.
Y en trueque de riquísimos tributos
Que envíen para ti del mundo entero
El sabio y el artista y el obrero,
Tú le darás los deliciosos frutos
Que alma naturaleza,
De luz radiante y de inmortal belleza,
Loca de amor continuo te regala.
Así en fiesta nupcial joven esposa
Para su prometido se adereza
De rico adorno y de luciente gala.
No quiero, no, morir sin verte un día,
Porción hermosa de mi tierra hermosa,
Opulenta, feliz y poderosa,
Grande como el ardor del alma mía!

¡Y acaso tus hermanas,
A tu grandeza y tu esplendor, ajenas,
Verán con ojo uraño, indiferente,
La corona triunfal sobre tu frente?
Ah! no, jamás, que de alto honor las llenas:
La misma sabia, la ardorosa sangre
Que te da vida corre por sus venas;
Y en los anales de la patria historia
Reflejarán como en cristal luciente
El rayo de áurea luz resplandeciente,
Los nítidos effluvios de tu gloria.

De amor y de amistad los tiernos lazos
Por la discordia fiera hechos pedazos,
En el sagrado altar del Patriotismo
Se anudarán un día. Coronadas
De rosas y de mirto y abrazadas
Cual las ninfas que cercan á la Aurora
Cuando aparece, reina vencedora,
Las tinieblas arroja al negro abismo,
Y baña el orbe de esplendor fecundo,
Las ha de ver enamorado el mundo!
Oh Patria! oh Centro América! mi vida,
Si por suerte mi vida algo valiera,
En aras de tu amor yo la ofreciera
Por verte grande, poderosa, unida!

¡Oh Washington glorioso!
Héroe en la lid y sabio en la Asamblea!
Jefferson, Adams, Franklin.
Y cien y cien y cien astros del Norte,
Genios de la palabra y de la idea,
En cuyo pecho cual Vesubio ardía
Al amor de la Patria santo y puro,
Y el odio á la sangrienta tiranía!
Por qué no estáis aquí? Oh, si algún día
Mi patria llega á unirse, que no sea
Al resplandor de la incendiaria tea,
Del hórrido cañón al estallido
Que muerte y ruinas, destrucción y espanto
Lanza en su derredor; que en luto y llanto
De huérfanos y madres sin ventura
El suelo de la patria sumergido,
No se firme jamás ese sagrado
Pacto (que fuera nudo maldecido)
Con la punta del sable ensangrentado!

Unión forzada es para un pueblo afrenta:
La libre voluntad, cual fino acero,
Si mano dura doblegarla intenta,
Rota en pedazos saltará primero!

Ah! del Norte los héroes patriotas
Sobre la libertad por base eterna,
El código inmortal que los gobierna
Labrar supieron en lejano día:
Serena, alta la frente,
La mano sobre el pecho,
—Urna de la justicia y del derecho—
Sabedor cada cual de lo que hacía,
Juraron ante Dios omnipotente
Una patria formar independiente.
Y un siglo ya, con estupor profundo
De ese pueblo que se alza cual gigante
Y rápido camina hacia adelante,
El colosal poder contempla el mundo!

Y á la Central América no es dado,
Con intrépido brio,
Con indomable aliento
Seguir las huellas de los pueblos grandes
Que su renombre y gloria y poderio
Fundaron sobre sólido cimiento
Más firme que el granito de los Andes?

La libertad! . . . Sólo ella el dulce lazo
De eterno amor y de amistad sincera
Con blanca mano reanudar pudiera!
Y en delicioso abrazo
Estrechamente unidas,
Cual gemelas en todo parecidas,
Vivirán las Repúblicas hermanas.
Oh pronto sea! y nuestra Patria entonces
Centro América hermosa,
Se ostentará ante el mundo que la admira,
Cual la sueñan las trovas de mi lira,
Grande, próspera, libre y venturosa.

JUAN FERMIN AYCINENA.

Guatemala, 1889.

Un mes en Andalucía

I.

CORDOBA.

Para "Costa Rica Ilustrada."

DESPUES de haber permanecido
un mes en la capital de España
me propuse visitar la risueña Andalucía.

La ciudad por la que iba á empezar mi
deseada peregrinación era Córdoba. Al ama-
necer el día 29 de Mayo último paró en
aquel lugar el tren que me conducía. Ya te-
nía noticia de que Córdoba estaba de fiesta,
pues en esos días se verificaba su renombrada
feria que traía gran número de forasteros
de todas las comarcas vecinas. La estación
del ferrocarril está rodeada de preciosos jar-
dines en donde lucen sus colores variadas es-
pecies de rosas que perfuman el ambiente.
Gratisima impresión recibí al entrar en aque-
lla ciudad. De un lado la verdura que de-
cía adiós al mes de Mayo, del otro una agres-
te sierra. Pasando cerca del parque y de
sus hermosos estanques y divisando á lo le-
jos el campo de la feria que aún dormía apa-
cible el sueño perezoso de la mañana, seguí
por en frente de la gran Plaza de Toros y por
el moderno paseo del Gran Capitán orillado de
naranjos y que ostenta á los lados hermosos
edificios, entre los que se debe mencionar el
espacioso Teatro de Córdoba. Luego fué
una de encrucijadas y de calles angostas.
Aquella era la Córdoba que yo quería visi-
tar, la que tantas impresiones me tenía re-
servadas.

A las siete de la mañana abandoné la
fonda para ponerme en marcha. Antes de
visitar el interior de la ciudad me eché á ro-
dar á la buena ventura por las afueras. Lle-
gué primeramente al campo de la feria que
ocupaba los dos lados de un hermoso paseo
con sus innumerables ventecillas, sus teatros
ambulantes y sus kioskos. Al lado de las
mesas de venta, tirados sobre el suelo y repo-
sando la cabeza, quién sobre un saco de ave-
llanas, quién en otro de garbansos ó de *cacao
maní*, dormían á pierna tendida las vendedo-
ras á quienes el producto de sus ventas no
proporcionaba la holgura de ir á dormir á
una fonda. Las brisas frescas de la mañana
habían agotado aquellas frentes endurecidas
por el trabajo y pronto el sol comenzaría á
quemarlas con sus vivificantes rayos. La

feria debería lucir mejor de noche pues á am-
bos lados de las aceras del paseo se levanta-
ban arcos sosteniendo bombas de gas de dife-
rentes colores.

En un banco de piedra que se encontra-
ba en una de las estremidades del paseo fué
á reposar mi humanidad. Ocupaban aquel
banco tres individuos más, quienes sostenían
una animada conversación. Por un momen-
to permanecí absorto en la contemplación del
vistoso panorama que desde allí divisaba.
La sierra de Córdoba aparecía en todo su es-
plendor y el sol que comenzaba á brillar, hacía
resaltar el fondo del paisaje coloreando la
verdura griz de los naranjales, de los vi-
ñedos y de los olivares; divisándose también
entre el verde follaje, desparramadas acá y
acuyá, algunas casitas blancas que parecían
ser nidos de palomas en la serranía. De mi
sentimental observación me sacaron los des-
templados juramentos de mis vecinos, quie-
nes á medida que más hablaban se encendían
más en cólera. Mi curiosidad se picó y es-
cuché que hablaban de un atroz crimen que
en el día anterior había ensangretado una de
las huertas de la sierra. Pues nada, que un
mozo de la huerta aludida quiso ir á las co-
rridas de toros en donde, con motivo de la
feria, alternarían los primeros espadas de to-
das las Españas. El mozo, antiguo polizonte
de la ciudad de Córdoba, pidió al amo las
pesetas necesarias para pagar la entrada á la
Plaza y como le dijeran *nones* determinó
vengarse. Y así lo hizo. Antes de la corri-
da, mató al jefe de la huerta, á la mujer del
amo y á dos niños de éste, despedazando con
su cuchilla infame las tiernas gargantas de
los pequeñuelos; y no contento con eso, mató
á balazos á un perro y á una lora que por
allí tenían la mala suerte de respirar. Satis-
fecha su brutal venganza robó lo necesario
para ir á los toros, donde permaneció muy
fresco durante toda la corrida, aplaudiendo
con sus manos homicidas los triunfos de los
grandes toreadores. No fué sino á la salida
que se le pudo apresar. Delante de las víc-
timas no mostró ningún arrepentimiento y
confesó cínicamente el crimen de que era au-
tor, con sus horribles detalles. "Más ver-
güenza hubiera tenido una piedra", decía el
mas elocuente de mis vecinos, por cierto un
jornalero al servicio de don Rafael, por otro
nombre Lagartijo; quien, dicho sea de paso,
posee una de las mas valiosas fincas de la
sierra de Córdoba, de donde saca sus novilla-
das tan celebradas en todas las arenas de la
Península. Mis otros dos vecinos eran unos
campesinos de un pueblo lejano que traían
para el "reconocimiento" á un hermoso niño
de mejillas nacaradas, quien, con sus tiernos
años, no habia puesto atención á los discus-
sos de los que yo había creído que eran sus
padres. Pronto supe que aquel robusto mu-
chacho no tenía la suerte de saber quien era
la que habia tenido la ocurrencia de echarlo
al mundo; aunque no parecía que le impor-
tara nada saberlo, puesto que en su feliz ig-
norancia daba el dulce nombre de madre á
la mujer que allí estaba. Aquellas buenas
gentes me dieron noticias detalladas acerca
de la institución que existe en Córdoba para
recoger á los niños expósitos. Allí, á altas

horas de la noche, suelen depositar en un cesto á los recién nacidos de uniones ilícitas. La mayor parte de las veces les dejan algún signo aparente para que más tarde se les pueda reconocer ó para ayudarlos en el combate por la vida. El niño que por allí brincaba tenía una señal en las caderas. Las gentes de los campos son las que generalmente se hacen cargo de recoger y educar á los niños expósitos, que en la institución les confían mediante una escasa retribución, con la condición de que á cierta edad han de devolverlos al establecimiento que los recogió. En ese caso se encontraban los dos honrados campesinos con quienes tuve el gusto de entrame.

De allí, por indicación del jornalero, dirigí mis pasos hacia uno de los dos cementerios de Córdoba. El portero del panteón me recibió con cortés amabilidad y comenzó por indicarme el curioso trabajo hecho en el patio de entrada con menudas piedrecillas de diferentes colores que formaban en el suelo variados ramilletes. Después tendría ocasión de ver que era una costumbre muy generalizada en Andalucía el hacer esa clase de dibujos en el piso de las calles. El interior del cementerio está formado por dos patios, mejor dicho por dos bellísimos jardines. Aquello en vez de la mansión de la muerte me pareció un recreo de sultanas. Para ello contribuían las flores perfumadas y la alegre claridad del cielo. Uno de los monumentos más bellos que hay allí es el que Lagartijo elevó á la memoria de su difunta esposa, la que, según oí decir, fué en vida apreciableísima matrona. El panteonero me había regalado con un precioso ramo de rosas encarnadas, de pensamientos color de azabache y de azuladas violetas, y aunque yo no tenía á quien darlo á mi vez para que luciera mejor, lo acepté con gusto pensando en que aquellas flores recordarian á las bellas cordobesas que habían pagado tributo á la madre tierra. Pero no todo había de ser belleza y primor. Siempre curioso, fuí á asomar la nariz por entre las rejillas de la ventana de una casita que por allí se encontraba. Sorprendiome el ver algo como una figura. ¿Y aquél muñeco que está haciendo allí?, pregunté al panteonero. "Cá siñuritu, peñ no vé Octé quej un di-junto!" Decirme eso y dar media vuelta á la derecha fué una misma cosa. Mi nariz casi daba sobre el rostro amoratado de un cadáver, al que yo no había divisado más que la mitad del cuerpo ceñido de pantalón corto, medias apretadas y negras y faja ancha. Pronto supe que aquel hombre había muerto repentinamente en la feria en la tarde pasada y que allí lo llevaron esperando á que alguien lo fuera á reconocer para hacer enseguida la autopsia. Mi alegría, pues, se trocó en tristeza. Nadie había podido dar razón de quien era aquel individuo. Pensé en que igual suerte me podía caber lejos de mi patria amada y así salí del camposanto ya sin gusto para querer aceptar el ofrecimiento del guardián del cementerio quien quería á toda costa hacerme probar el agua de una fuente milagrosa que se encontraba bajo el altar de una capilla á la entra-

da del panteón. Antes de abandonar aquel lugar del reposo y de la igualdad, el buen panteonero quiso llevarme á conocer un amplio y bien ventilado cuarto que sirve para velar á los que acaban de morir durante la estación de los fuertes calores; pues ha de saberse que desde el 1º de Junio el reglamento de higiene de la ciudad de Córdoba obliga á las familias de los finados á enviarlos allí, á mas tardar, tres horas después que han expirado. Así se evitan las epidemias que se podían ocasionar en una ciudad de calles tan estrechas como Córdoba y donde el calor todo lo descompona.

Luego que hube salido del camposanto seguí por una alameda, dando la vuelta á la ciudad de Córdoba, caminando al pie de sus deshechas murallas que aun en medio de sus ruinas se mostraban alegres con los variados arbustos que sobre ellas se encuentran encarnados. Al cabo de un rato me encontré en frente del Guadalquivir orillado por frondosos caetus y llegué á una puerta famosa que oí decir databa de los romanos y á la que los moros le dieron su forma arquitectónica. En frente de aquella puerta se encuentra el celebrado puente de Córdoba sobre el Guadalquivir. En las extremidades del puente se conservan, á manera de fortalezas, dos pintorescos torreones que evocan el recuerdo de los moros. En el medio del puente existe un nicho donde la Córdoba católica ha colocado á su Santo protector que, si mal no recuerdo, es el Arcángel que dió la lanzada á Lucifer. Desde allí era donde los sarracenos arrojaban al río á los cautivos cristianos. El puente que más que todo es célebre por su vejez, tiene diez y seis arcos y se conserva intacto. Comunica inmediatamente la ciudad de Córdoba con un alegre pueblecillo de casitas blancas que se encuentra á la orilla opuesta. Antes de entrar á la ciudad quise ir allí y fui agradablemente impresionado por un grupo de lozanas mozas que en amplias ánforas recogían agua de una fuente. No sé por qué se me vino á las mientes el recuerdo de la Samaritana. Me acerqué al pozo, aunque sin pretender imitar la dulzura y la mansedumbre de Jesús. Pediles agua que decían era muy sabrosa. Una morenita de ojos razgados y pechos salientes tuvo la generosidad de apagar mi sed; no teniendo otra cosa con qué pagar aquella ingénuo cortesía por no permitir el carácter andaluz pagos interesados, le regalé el ramillete que me había dado el panteonero, teniendo buen cuidado de no decirle de donde provenían las flores. Así, aquellas flores que se habían alimentado con los despojos de otras bellas, fueron á calentar sus pétalos al dulce contacto del palpitante seno de la generosa morena.

Después que recorrí la calle principal del pueblecito volví á pasar el puente y con aires de conquistador atravesé el recinto vedado antiguamente por la fuerza defensora y por donde siglos atrás pasaron los estandar-tes de los romanos, de los godos, de los moros de y los cristianos.

A paso redoblado, atravesando empinadas callejuelas, me dirigí hacia el lugar en donde se encuentra la maravilla de Córdoba, la Mezquita Catedral.

¿Quién no ha oído hablar de la famosa Mezquita del califa Abderraman? Siendo aún niño de escuela me cautivaba la imaginación el relato que la Geografía hacía de aquel monumento de centenares de columnas de mármol y de jaspe; así es que sentí la más profunda emoción cuando llegué al pie del edificio.

La Catedral de Córdoba no se parece á ninguna otra Catedral. Sus muros exteriores de sencilla arquitectura, abrazan un enorme cuadrilátero. La antigua mezquita está dividida en dos partes: en la Mezquita propiamente dicha y en el patio de los naranjos que ocupa una extensión de cien metros de largo por sesenta y cinco de ancho. Allí se encuentra un precioso bosque de naranjos que se miran en hermosas fuentes que los moros tenían destinados para las abluciones y en donde hoy todos los vecinos van por agua. El que quiera conocer el tipo de las hijas del pueblo de Córdoba que vaya á la orilla de aquellas fuentes y aun le parecerá ver en muchas de ellas graciosas descendientes de los súbditos de los Ben-Omeyas.

Sobre la puerta llamada del perdón, por donde se entra de la calle al patio de los naranjos, los cristianos han levantado una alta torre. Desde la parte superior se divisa todo el valle de Córdoba, el Guadalquivir que riega la comarca, las huertas de la sierra, la caprichosa ciudad de Córdoba, y á los pies de la torre la techumbre de la Catedral que se parece á la de una gran fábrica con sus enormes hileras de talleres, techumbre interrumpida bruscamente por una alta capilla de estilo renacimiento, que en el medio se levanta.

Después de haberme impuesto del exterior me preparé á entrar á la Mezquita, aunque temeroso de sufrir alguna desilusión. Cuando me encontré en el interior del templo sentí dilatarse mi pecho á la vista de aquella mar de columnas que se cortaban en ángulos rectos y que formaba una adorable perspectiva. Dicen que en tiempo de los Califas la Mezquita contaba ochocientas cincuenta columnas. Hoy desgraciadamente no se cuenta el mismo número. Sin embargo, todavía oí decir que la Mezquita Catedral tenía tantas columnas como días tiene el año. Con ese número de columnas y con los graciosos arcos que se cortan formando medios círculos, todavía es bellísima la Mezquita. Es fácil figurarse lo que sería antiguamente alumbrada por más de cuatrocientas lámparas de colores, que hacían relucir los variados matices de las columnas de mármol y de jaspe, lo mismo que los artesonados de cedro y de oro. La mezquita (que es el nombre que mejor le cuadra) contiene diez y nueve naves longitudinales y veinte y nueve transversales. El "Coro" que en el medio se levanta ha entrecortado la perspectiva general. Ese es el lugar en donde se reúnen el Obispo y los canónigos para recitar los ejercicios, y dignas de atención son las finas esculturas en madera que allí se encuentran. El "Coro" que allí se levanta majestuoso me parecía representar la religión que busca á Dios con el pensamiento; mientras que en la

parte árabe del monumento me parecía [ver la religión que busca á Dios con los sentidos. La Mezquita Catedral cuenta con cincuenta y tres capillas laterales y una docena y media de altares distribuidos al pié de las columnas. Entre las capillas la que se conserva con el nombre de "Capilla del Korán" es una joya de arquitectura y escultura árabe, lo mismo que otras cuyos nombres no recuerdo. Poco hacía que la Curia Eclesiástica había mandado pintar de blanco el techo de La Mezquita. Lástima fué que no se tratara de imitar los colores antiguos.

Sabido es que Abderraman fundador del Califato de Occidente, fué quien concibió la idea de erigir en Córdoba aquel monumento con el objeto de que sus súbditos no comprendiesen más las peregrinaciones á la meca; y al efecto comenzó la erección que debía durar por muchos años y en donde deberían lucir sus talentos los artistas de más imaginación y de más nombradía. Los países del Oriente contribuyeron con el envío de maderas y mármoles. Las sierras de Córdoba y de Granada que tienen un asiento de mármoles y de granito también proporcionaron variadas columnas.

A uno de los lados de la Mezquita se encuentra el palacio habitado por el señor Obispo de Córdoba, que es una casa antigua, de estilo árabe en el interior.

Y héteme ahora, lector querido, que bien justo es, trasladado al comedor de la fonda, muy espacioso y claro como el del mejor hotel de Córdoba, aunque pobre en su ornamentación. Pero lo principal en un comedor, *el pan nuestro*, no dejaba que desear. Huevos que *chirreaban* y hacían burbujas con la salza de tomate, exquisita merluza, buen solomillo, rico arroz con gallina, un quesito manchego que nunca hubiera querido que faltara de mi mesa, naranjas que sabían á nectar y el todo regado con un manzanillo delicioso. . . . Mientras que mis incisivos, caninos y molares se mostraban generosos con la barriga, mi imaginación veía desfilar en bella confusión el campo de la feria, las fuentes y los rosales, las columnas de la Mezquita, el jornalero de Lagartijo, las muchachas aguadoras, la figura risueña del panteonero, las huertas de la sierra, el manso Guadalquivir, las murallas derruidas y. . . . la mar!

Con munición suficiente entre el cuerpo me encontré apto para emprender una nueva excursión.

Las calles de Córdoba estaban completamente desiertas. El ruido de mis pasos formaba eco y hacía asomarse á las ventanas á las viejas que parecían ser las guardadoras de la ciudad. De vez en cuando aparecía por algún callejón, con aires de profundo y meditador filósofo, algún borrico que con la carga que llevaba ocupaba toda la calle. Como me encontraba solo tuve ocasión de mirar á mis anchas los patiecitos de las casas llenos de fuentecillas, de macetas y de flores, separado de la calle irremisiblemente por un estrecho zaguán y una puerta de hierro bien labrada. Ví que nuestros patios estaban orillados por columnatas de mármol que sostenían, formando arcos moriscos, el piso su-

perior de las casas, de bien escasa altura por cierto. Al pasar por una de aquellas callecitas me encontré con una pequeña librería y encuadernación que podía caber en el hueco de la mano. El propietario, persona amable y de edad resultó ser uno de los burgueses más populares de Córdoba y Alcalde que fué de la ciudad en tiempo del gobierno republicano de Castelar. Muy complaciente se manifestó y me puso al corriente de la literatura que dormía en los estantes de la tiendecita. A juzgar por los libros que allí tenía se le hubiera tomado por un radical intolerante que de haber vivido en los tiempos del rey don Felipe Segundo por la gracia de Dios, de seguro hubiera perecido en la hoguera. Sin embargo, el antiguo Alcalde de la democracia es un sugeto muy agradable y digno de toda estima. Puesto que he evocado el tiempo de la intolerancia, también diré que hoy la España es otra á ese respecto y que la madre patria no tiene que envidiar en punto á libertades ni á Bélgica, ni á Inglaterra, ni á los Estados Unidos. Los españoles que con fiera hidalguía triunfaron del absolutismo de sus antiguos monarcas, disfrutaban hoy en paz de esas libertades. Lo que sí hay de cierto es que en nuestros países hispano-americanos todavía hay gentes que se figuran á España como en tiempo de la conquista, cuando más bien debiéramos envidiarla.

Después que salí de la diminuta y anticlerical librería fui á visitar los jardines del antiguo Alcázar. De camino para aquel lugar pasé por el frente de un extenso edificio que supe era el Seminario de Córdoba, el más célebre de toda España. Después de atravesar una plazoleta irregular y que respiraba lo antiguo por todas sus flores, llegué al pié de unos torreones derruidos: eran los restos del antiguo Alcázar de los Califas de Córdoba. Lo que únicamente se conserva es parte de los jardines que alguien tiene en arriendo. Una portera ya jamona fué la que me sirvió de guía. Al entrar en aquel alegre lugar se respira de lleno un ambiente perfumado que embriaga los sentidos, convidándolos para el amor y el placer. Lo primero que se encuentra son unas hermosas pilas de agua en declive y luego se entra á los jardines. Allí abundan los cipreses de olor, los naranjos, los rosales, las palmeras, las violetas, los lirios blancos, las higueras y todo lo que la tierra andaluza produce de bello, de perfumado y sabroso. En medio de aquella poética soledad no se oía otro ruido que el de los aleteadores pajarillos que saltaban sobre las ramas haciendo caer los tiernos azahares de los naranjos y el ruido monótono y murmurador del agua que por todas partes se encuentra. Al oír el murmullo de las frescas y claras fuentecillas me parecía que lloraban la ausencia de las Sultanas que antes iban á mirarse en el espejo de sus limpidas aguas. En busca de semejanzas y para crearme en medio de un jardín en tiempo de los moros, dirigía desesperado mi vista á todos lados, pues deseaba ver por entre aquellos rosales, á la sombra de aquellos frondosos arbustos, alguna hija de Eva que pudiera hacer las veces de Odalisca ó de favorita mi-

mada por el ardiente Califa. La que era mi guía, aunque de el sexo femenino, no hubiera podido hacer ni las de cocinera de Abderraman, tan poca gracia tenía. Ya me parecía que tendría que contentarme con mis deseos, cuando al salir de una cueva que por allí se encuentra apercibí perezosamente recostada sobre un banco una hermosa joven que tenía absorta su atención con la lectura de un libro. Parecía que su corazón estuviese impresionado con algún relato de amor. Su faz morena, sus ojos negros y dulces, su boca pequeña me hacían pensar en que había encontrado lo que deseaba ver, me parecía contemplar en ella el tipo de una bella odalisca; y ello aun más me parecía, al fijarme en sus redondos brazos, en los perfiles de su cuerpo que inclinado de medio lado semejaba á una colina, de suave pendiente con sus alturas y sus descensos, agitada únicamente por el acompasado respirar de la doncella. En su indolencia dejaba ver unos piés pequeños encerrados en zapatillas bajas, con unas medias color de perdición que con egoísta amor besaban sus robustas pantorrillas. Habiendo hecho un poco de ruido, ella salió de su letargo y en vez de creerse sorprendida saludó con amable sonrisa. Comencé mis pláticas con ella y poco rato después sabía que hasta francés hablaba y que había estado por casarse con un compatriota de Bismarck. No queriendo saber más y con mi espíritu vuelto á la realidad me apresuré á salir de aquel lugar encantador.

Fuime cortando callejuelas á derecha é izquierda, leyendo las inscripciones que en letras negras y salientes indicaban la nominación de cada una de ellas y que recuerdan los nombres de los varones más notables que han visto la luz ó que han vivido en Córdoba. Recuerdo los de los Sénecas, Lucano, Cardenal, Cisneros, Gran Capitán, las de Zambrano y Céspedes.

Para muchos, Córdoba no será una ciudad alegre ó bonita en el sentido moderno de la palabra (aunque de todo tiene) pero en aquel lugar se vive con el recuerdo histórico de las cuatro civilizaciones que por allí han pasado. Se recuerda la dominación de los romanos; la de los godos que en 572 echaron por tierra el águila imperial; la de los moros que conducidos por el Califa Abderraman en 692 fundaron el califato de Córdoba; y por último, la de los cristianos que bajo el rey don Fernando III rescataron aquella plaza en 1236.

Después de dar mil y una vueltas por un variado laberinto de calles, divisé una puerta por donde entraba un torrente de luz. Corrí hacia allí y fui recibido por una onda sonora de música y ruido. Atravesé la muralla y me encontré en medio de la feria donde hormigueaba toda la población de Córdoba, lo que contribuía á la soledad de las calles que había recorrido. Qué movimiento! Cansado estaba de ver ferias en la tierra del buen rey Leopoldo II, en donde pasé tres años redondos de mi vida, pero ni á las llamadas "*Kermesses flandes*" les encontraba gracia (bien diferentes de las que inmortalizó el pincel de Rubens). Allí me

torturaba el cerebro el ruido gangoso, des-templado y penetrante de los organillos de los teatros ambulantes, de las maromas, museos, casas de fieras y de los "caballitos;" pero en la feria de Córdoba todo me pareció nuevo y diferente. El cielo azul, puro y sin mancha, los vistosos y relucientes vestidos de las cordobesas; la alegría andaluza, las alegres sonatas de música española, todo contribuyó á regocijarme. En medio de las hermosas aceras ocupadas por la feria, se encuentra una ancha calle por donde resbalaban muellemente carruajes de amplio resorte (como lo exigen las calles del interior de la ciudad, empedradas en su mayor parte con guijarros del Guadalquivir) conduciendo hermosas damas de la alta sociedad de Córdoba. Por allí pasaban también briosos caballos cordobeses (tan universalmente apreciados) montados por diestros ginetes.

La tierra había vuelto por completo la cara al sol y ya la luna mezclaba sus tibios rayos con los relucientes de las lámparas de colores. Yo todavía me encontraba por aquellos lugares y no como quien dice *solo é ingrino*, sino bien acompañado por la compacta muchedumbre, rompiendo "cancha" á derecha é izquierda, escuchando curiosas conversaciones y retratando tipos en la memoria. Una de las cosas bonitas de la noche fueron los fuegos de pólvora que se quemaron en una ancha esplanada al lado derecho de la feria y lindante con el parque. Allí me parecía estar en la plaza de Cartago en una noche de fiestas, viendo quemar castillos, tomar fortalezas y todo alternado con una lluvia de cohetes que después de hacer retumbar el firmamento caen deshechos en cachifines y en luces de colores. Lo único que faltó para que la semejanza fuera completa fué el terrible *Toro-Huaco*. El Seminario de Córdoba parecía que hubiese abierto sus puertas, pues por allí, entre chulos de *chaqueta* corta, y manolas retozonas, discurrían alegremente los apacentadores del rebaño de cristo. Después de la humareda se desparramó la gente. Cada cual se fué á buscar las diversiones de la feria.

Por mi parte fuí á dar al pie de una elevada tienda de campaña donde bailaban al son de los valsés y de las polkas las señoritas de la aristocracia de Córdoba. Eso dará una idea de la temperatura benigna de aquella región. Tiendas de campaña semejantes había de ver en otras ferias andaluzas.

Después, siguiendo la corriente de la muchedumbre, fuí á dar á una plazuela antigua. Allí me fortifiqué en una esquina y ví el desfile de las gentes que satisfechas y en alegre algazara volvían á sus casas. Cansado por fin de dar vueltas y de verlas dar fuí á pedir al sueño un poco de reposo.

Teniendo que llegar á Granada para encontrar alojamiento y pasar allí el día de *Corpus Cristi* vine obligado á abandonar la ciudad de Córdoba, no sin que antes hubiera repetido mis visitas á su famosa Mezquita.

Como mejor pude me instalé en un compartimiento del tren que seguía el camino de Granada y Málaga, y desde allí envié un sentido adiós á la ciudad de Séneca el Filósofo,

del moro Abderramán, del Gran Capitán Gónzalo Fernández de Córdoba, del poeta Góngora y del célebre Lagartijo.

JOSÉ F. PERALTA.

New York, Octubre de 1890.

ANHELO.

Vosotras las benignas, las hadas generosas,
Que errantes por las selvas en noches estivales
Vagáis cantando alegres, canciones amorosas;
Compadece las penas y consolad los males
Que afligen á mi pobre, doliente corazón.
Yo busco á un alma pura, sensible y candorosa,
Que enlace con mi vida, las horas de su vida,
Que alumbre de mi suerte la noche tenebrosa,
Y que con dulce acento, de mi alma entristecida
Alivie los pesares que cause su afición.
Yo necesito un seno, recinto de ternura,
Yo necesito un ángel de negra cabellera,
Miradas soñolientas y labios de dulzura,
Que sin reserva alguna, me ofrezca su alma entera.
Jurando ser mi esposa del templo en el altar;
Mas, hadas de los bosques, no hagáis que la doncella
Desprecie mi cariño, ni que falaz me engañe;
No hagáis que se desquicie mi rutilante estrella,
Ni que jamás el brillo consolador se empañe
Del cielo venturoso del sacrosanto hogar.

ERNESTO SCHROEDER.

San José. 1890

PAGINAS INTIMAS.

Escrito para "Costa Rica Ilustrada"

I.

ADORACION.

Yo me imagino á las antiguas sacerdotisas del paganismo, sus albas túnicas ceñidas con serpientes de plata, sus largos cabellos sueltos y flotantes, entre los cortos mechones las flores y las hojas sagradas, los rostros animados por el fuego del fanatismo y en los ojos una claridad casi divina; las veo fervientes bajo las augustas naves, cerca del altar resplandeciente, los vasos sagrados en las manos y las palabras misteriosas en los labios; á las multitudes encarnar en ellas á la Divinidad, postrarse ante ellas como ante Dios; me figuro á las vírgenes sacrificadas en holocausto, serenas y gozosas para aplacar las tremendas iras del gran sér personificado en el ídolo; á Hena animada por una idea poderoso y fecunda en grandezas para el espíritu. Y me imagino también el supremo goce de los corazones que así adoran. El hombre necesita adorar, necesita descansar á la sombra de una ilusión protectora: ella le da la paz y el placer.

Así te comprendo á tí, mi sacerdotisa, inspirada y radiante: en el templo sagrado del amor, alimentando la blanca llama que ondea, con fervor y con constancia, sublime

y profética, el rostro inundado de resplandores celestes, en las pupilas el espíritu universal que arde en tu cerebro. Veo tu figura sacerdotal, erguida, gallarda y triunfante, pasar ante mí como un girón de luz desprendido de los astros en sus éxtasis de amor, de ternura y de fe—los astros se aman y crecen—cada una de tus palabras es un eco de la verdad, tu voz oráculo infalible, tu corazón foco del bien, fuente de amor, la pira inflamada donde arden todos los sentimientos nobles, firme y poderoso como el diamante, como las ondas del éter suave á los halagos del amor puro y sincero. Y yo te adoro así, mi espíritu se postra ante tu poder mágico, te eleva su himno tierno y ferviente; una veneración mística me embarga, y al recordar que es en tus manos donde he depositado mis anhelos, en ese cáliz que hay en tu altar donde está guardada mi felicidad, mi porvenir encantado; que eres tú la que ha de cuidarlo con solicitud, la que ha de velar por él, siento que el ánimo descansa y se duerme protegido por una confianza eiega é invencible.

La fe da el goce absoluto por que hace absoluta la esperanza. Yo necesitaba creer y adorar; buscaba la sacerdotisa que ofreciera en mis altares; que la regilión de amor me tuviera á ella subyugado como el creyente, que en sus cánticos sagrados cantara lo que hay en mi corazón y que, firme vestal, no dejara extinguirse jamás la llama de la pasión, ni que se cruzara una sombra en el cielo de mi fe. Y te he visto á tí, y te he amado, y creo en tí, y espero de tí, y le has dado el sueño divino á mi espíritu. Bendita tú, que como las creencias me has dado el valor y la vida; que has hecho desbordarse las fuentes que hay en mi corazón. Esta ternura infinita que mana de él me trae el deleite; esa plétora me ahogaba, necesitaba verterla, pero verterla á otro corazón hermoso que fuera á juntarse á otra fuente igual para formar el oceano donde he de vogar mis días alegre y feliz.

Esa otra fuente brota en tu corazón: y me imagino en la blanca barquilla con velo de rosa, sobre ondas azules y entre horizontes dorados, las confidencias íntimas é interminables, las caricias dulces, el alado remero sonriéndonos, por faro un lucero pensativo y bello, el cielo de la felicidad cubriéndonos como un palio y en los corazones la dicha inefable y eterna de los pocos que se aman bien en el mundo.

¡Oh, cuántos goces ha de traerme esta adoración! Tú cuidarás la antorcha; síbila inefable, verás llenos de luz los senderos del bien, y por ahí he de seguirte; me llevarás de la mano como un ángel protector, y yo peregrino enamorado, caminaré, caminaré siempre en pos de tí, mi columna de fuego, gozando la suprema bienaventuranza.

RUBÉN RIVERA.

Sonsonate, Novbre. de 1890.

A E

SOS dos solitos, la sencilla lámpara
Apenas daba luz;
Te hablaba del futuro entusiasmado;
Risueña me oías tú.

Súbito el rezo empieza por las ánimas,
Cesamos de reir;
Llena tú de pavor, yo de tristeza
Escuchamos al fin.

Pasa el cortejo con su canto fúnebre,
También nuestro pesar:
Y vuelve tu sonrisa y mi entusiasmo
El rostro á iluminar.

El goce terrenal es siempre efímero,
Lo mismo que el dolor;
Lo que tortura hoy quizá mañana
Alegra el corazón.

2 de Noviembre de 1885.

Y entonces no miramos el abismo
Que había entre los dos;
Y ciegos, delirantes apuramos
La hiel de la pasión.

Cinco años han pasado! Tu desgracia
A mi pesar labré;
Pero te quiero aún... nuestro hijo vive...
Perdóname por él.

J....

2 de Noviembre de 1890.

EL AVILA.

MONTE QUE DOMINA LA CIUDAD DE
CARACAS.

Un país sin montañas es una tierra incompleta. Los montes son los monumentos de la naturaleza, son la pujante recreación escultórica del Hacedor.

El sol no baja á los valles á dar su beso matinal á los lirios hasta haber tendido su áureo manto sobre las cumbres y calentando con su ardiente cariño los delicados arbustos y las yerbas desvalidas que allá abrazadas á las nubes, han pasado una noche inclemente. Los humeantes vapores de la tierra, el cotidiano bostezo de los ríos y lagunas, se van por la tardecita á posarse en las altas cimas, en viaje para el cielo. De allí desciende la blanda brisa, libando la esencia de las flores, que la brindan sus dormidos cálices; y por la noche se sube la luna sobre los lomos de las sierras á darse ínfulas de sol y á avergonzar desde su altura á las pretensiosas

lucecitas de las ciudades, que la economía municipal apaga luego para evitarles el desaire. Son las montañas como engarces rotos de la tierra con el cielo. Son como los robustos brazos del planeta que se elevan á saludar á los otros orbes. Son murallas fabricadas por Dios para proteger á los pueblos débiles. El extranjero codicioso las detesta, los tiranos quisieran suprimirlas. Son el refugio de la libertad.

Un país sin montañas parece un desierto prolongado, aunque contenga poblaciones numerosas y activas. La monotonía de las planicies hasta la contemplación y gasta la pupila. El océano mismo, cuando quiere parecer terriblemente hermoso, levanta sus montañas. La tempestad lo transforma de magnífico en sublime. Las teogonías todas han colocado sus divinidades en lo alto. La poesía tiene su Olimpo en empinado y sacro monte; y sube la imaginación de los poetas á buscar su cima siguiendo el vuelo de las águilas.

Yo sueño como mi Ávila gigantesco y maravilloso. Yo veo desde aquí, desde estas planicies eternas, su frente altiva tocar el firmamento. Yo diviso á la perpetua nube blanca enroscarse al derredor de su cuello majestuoso. Yo le veo decorado de silvestres palmas, de rosales, mirtos y laureles, de robles verdes y deliciosas flores; con sus festones de lianas, con sus prendidos de orquídeas, jardín suspendido, floresta empinada, maravilla de luz, de sombras y colores. Yo oigo el cuchicheo de los arroyuelos indiscretos que á la mariposa cuentan las amorosas confidencias de la tórtola; el reñir celoso del turpial; la vanidosa facundia del jilguero; la presuntuosa garrulería del curuñatá; la ociosa ufanía del cardenal; el constante estudio musical del burlesco arrendajo; el desvelador oficio del campanero; el perenne revolotear del Tenorio de las flores, el tucucito veleidoso y disoluto, pagado de su belleza, iris volante, cupido en plumas.

Yo veo por la noche relucir en el misterio del bosque la juguetona fosforescencia del coyuyo, lucero viviente; y escucho el doliente "ya acabó" del ave sin consuelo, apocalíptica y descreída; y oigo al grillo y á la cigarra que velan cantando; y llega hasta mí el rugir del tigrillo medroso que en la impunidad de la tiniebla huye del cazador, y une su desapacible acento á la sinfonía tropical de la montaña.

¡Quién me diera verte, oh monte sin rival, no en el ensueño de la nostalgia, sino en el despertar gozoso de la dulce realidad! ¡Cómo había de enajenarme delante de ti, ornamento divino de mi valle nativo; jardín poblado, cesto florido, en medio del cual alienta y suspira la madre de mi alma! ¡Cómo habían de retroceder mis años al humecer mis sienas con el rocío de tus palmeras y mis pies con la linfa de tus fuentes! Y habría de trepar á tu cima enhiesta, alegría del marino que de lejos te divisa. Y habría de contemplar desde allí á mi valle amado; mi ciudad egregia, mi hogar bendito, y el campo silencioso y triste en donde he ido enterrando por partes la vida, y á pedazos mi corazón!

Acaso ahora me revelarías el secreto que nunca quisisteis confiarme, de cómo cambias el color de tu follaje á cada hora en que se te contempla y admira. En la mañana vistes de zafiro oriental; al mediodía de esmeralda, á la tarde de amatista, de cambiante ópalo, de amaranto y de jacinto; te bañas en el azul de los cielos y en el azul del mar; te cubres de tintes violeta y púrpura; y luces tonos infinitos que dan celos al crepúsculo.

Yo he visto reyes humanos. Ninguno tiene manto como el tuyo. Yo he visto las cortes de la tierra; ninguna como tu corte de nubes y estrellas. Yo he visto las torres gigantes, los monumentos atrevidos y magníficos que el hombre ha levantado á las grandezas mortales, y me he reído de su osadía y majestad pensando en ti, que eres torre granítica, monumento audaz, hijo del Ande inmenso, sagrado y eterno.

Tú viste á tus pies una raza inocente vegetar por siglos en ventura y libertad salvajes.

Tú viste al conquistador valeroso y fiero degollar sus tribus y enclavar su pendón en el valle virgen.

Tú oíste el gemir del colono, y repetiste el eco jubiloso del heroísmo independiente; presenciaste el estrago de las batallas, el estrago de los cataclismos; y en tus senos resonaron las dianas de la libertad de nuestra Patria.

¡Qué mucho que nuestras mujeres sean excepcionalmente hermosas, si las madres viven absortas en la perenne contemplación de tu belleza peregrina? ¡Qué mucho que nuestros ciudadanos sean altivos, si han vivido levantando la frente para contemplar la tuya altanera? Tú eres el padre de la dulzura y del valor que forman nuestra índole. Quien te mira no puede pensar sino en cosas grandes. El soldado te ama; el tribuno te invoca; el poeta te canta; el héroe muere pensando en ti, y el proscrito olvida tus dolores si vuelve á verte!

Dicen que en tus entrañas, ¡oh monte egregio! esconde su ígnea lava el volcán. Acaso el hervor de nuestra sangre, el latir violento de nuestros corazones, sean obra del aliento de esa fuerza que llevas en tus antros misteriosos. Acaso fué ella quien nos llevó como naciones libres desde el Orinoco hasta el Maraón. Acaso esa fuerza poderosa que de tu seno se trasciende es la que inflama nuestro espíritu y nos hace rebeldes á toda esclavitud. Guárdala siempre compasivo; mas si algún día vieres que nuestra raza degenera y que extranjera planta huella impune nuestro suelo, desata tus iras, abre tus entrañas, esparce tu fuego, y sea la patria mía campo de cenizas antes que predio de gente nueva.

N. BOLET PERAZA.

TIJERA,

"Si á Dios los padres primeros
Hubieran obedecido,
(Decía un cura afligido)
Aun iríamos en cueros."

Y un sastre, que el diablo tenga,
Loce, exclamó — "Voto á sanes!
Que son ciertos los refranes:
No hay mal que por bien no venga."

POEMA.

Me sentía morir y quise verla
Darle mi maldición;
Y vino... y vi sus ojos... y la dije
Que te bendiga Dios,

TIP NACIONAL.